

48-30-79
papelera
m. d. v.

CAPITULO VI.

LUTERO CITADO A ROMA.—1518.

Las tesis atraviesan los Alpes.—Apelacion de Lutero al Papa.—Su fingida sumision en el momento mismo en que escribia el sermón *tocante á la muerte de Adan en el hombre*.—Leon X quiere de nuevo atraer al doctor, y encarga á Staupitz que le escriba.—Lutero rehusa escuchar al monge.—Propáganse sus doctrinas.—Trabajan los principes por que se popularicen.—Motivos que á ello les inducen.—El Emperador Maximiliano denuncia á Lutero al Papa.—El Soberano Pontifice encarga á Cayetano que cite á Lutero á Roma.—Perplejidad del fraile; subterfugio de que se vale para no obedecer.—Cobra alientos, y se rie de las amenazas de excomunion y del Breve del Papa.—Quiere ser juzgado en Alemania, y se resuelve á no marchar.—El Papa consiente en que le juzgue Cayetano.—Lutero está decidido de antemano á no retractarse.

«Entre tanto, pues, decía Leon X, vivamos en paz; el hacha no corta aun el tronco del árbol; tan solo se entretiene en podar las ramas.» El Papa tenia razon. En ninguna época del cristianismo habia brillado la tiara con tanto esplendor; delante de ella se eclipsaban todas las coronas. El Papa era verdaderamente el monarca universal; Reyes, principes, grandes de la tierra, el pueblo, todos, se disputaban una de sus miradas, se le celebraba en todos los idiomas, y su retrato se hallaba igualmente en las chozas y en los palacios. Y la razon era que el nombre de Leon X despertaba á la vez todas las ideas de arte, de ciencia y de gloria.

Después de un largo reinado, descansaba al fin en aquella Roma, que eclipsaba las ciudades antiguas y modernas. En medio de estos homenajes universales fue cuando llegó á oídos de Leon que un fraile, llamado Lutero, turbaba desde un rincón de su celda la paz de la Alemania. Las tesis, impresas por Froben, de Basilea, habían atravesado ya los Alpes, y comenzaban á propagarse por Roma y por Venecia. No se inmutó por esto el Papa, porque no conocía ni el carácter ni el genio del sajón. La suerte de Wiclef, de Juan Huss y de Gerónimo de Praga era, á sus ojos, una buena lección para aquellos que intentasen imitarlos, y los disturbios que vinieron después de ellos una doctrina para los pueblos que quisieran rebelarse. Lo pasado no estaba tan lejos para que fuese olvidado, y, por otra parte, en la vida religiosa de una nación rara vez se ensayan dos revoluciones en un mismo siglo; y lo que más debía tranquilizarle era la carta que acababa de recibir del mismo Lutero.

Irritado este por el título de hereje que le daban sus contrarios, y que resonaba en sus oídos «como el sonido de los platillos», Lutero tomó el partido de apelar al Papa. Nunca había usado un lenguaje tan humilde, pero tampoco menos afectado; nada había en su carta de inspirado y espontáneo; todo revelaba en ella el estudio y el trabajo intelectual. Ni el mismo Prierias se hubiera atrevido á decir al Papa, como él: «Vivificad, matad, llamad, recordad, aprobad, reprobado; vuestra voz es la voz de Cristo, que reposa en vos, y habla por vuestra boca. Si yo merezco la muerte, moriré con alegría.»

En el momento mismo en que Lutero protestaba de tal modo de su obediencia y de su sumisión al Papa, añadía á un libro ascético, *Sobre la muerte de Adán y la resurrección del Cristo en el hombre*, un prefacio, donde hablaba con insolencia del poder papal. Lejos de callarse, como había prometido, hasta conocer la decisión soberana, difundió

su doctrina, la enseñó públicamente al pueblo, ocupó el púlpito, pone en duda la fuerza de la excomunión, y se burla ante los altares de la ignorancia y de la tiranía de los «buhoneros de los rayos espirituales.» Así desgarraba hoja á hoja el catecismo de su Iglesia.

En Roma, sin embargo, estaban indecisos sobre el partido que debían adoptar respecto á Lutero. Algunos Cardenales querían que se le condenase á la hoguera. Este era el parecer de Jaime Hochstraet, de Colonia, según afirman los escritores protestantes. Otros rechazaban las medidas de rigor, pidiendo que el Papa le declarase hereje, sin citación ni proceso; pero los más ilustrados y prudentes, los que conocían la Alemania, opinaban que se le llamase á Roma, que se le diesen jueces, y que no se le condenara hasta después de haberle oído. Leon X se dejaba llevar de su naturaleza amiga del reposo. ¿Cómo castigar á un hombre que era el orgullo de la Alemania sabia, «á este fray Martín, añadía, dotado de tan gran genio, y á quien solo se odiaba por celos de convento?» Prefería, pues, tentar una reconciliación. Leon X escribió á Gerónimo Staupitz, sabiendo que ejercía grande influencia sobre Lutero, el cual reverenciaba al vicario general de la orden de los dominicos, por su piedad sin fausto, por sus costumbres de una pureza evangélica, y por sus vastos conocimientos. Es probable que por agradar á Leon X arriesgara Staupitz algunos tímidos consejos; pero Lutero no le escuchó, y continuó predicando.

Empezaba á conquistar discípulos. Estos eran algunos religiosos del convento de agustinos, orgullosos con la gloria de Lutero; príncipes á quienes pesaba el yugo fiscal de la cancillería romana; estudiantes seducidos por su elocuencia, y algunos pobres trabajadores en minas, que creían en él como en un profeta.

Entre sus más fervientes apóstoles se citaba entonces á Carlóstadio y Melanchthon.

Príncipes, electores, nobles y caballeros, alentaban, ya reservada, ya abiertamente, las empresas del innovador. Ninguno de ellos leía en el porvenir, é ignoraban cómo terminaría la lucha; ninguno había examinado la cuestión religiosa. Si esta se hubiese presentado á ellos sin probabilidad de beneficios, sin esperanza de lucro, como pura especulación teológica, hubieran rechazado á Lutero, constituyéndose en jueces soberanos de la conciencia popular; pero el interés dominaba la disputa. Los predicadores de indulgencias, que se esparcían por todos los pueblos y hasta por las cabañas, recogían por todas partes abundantes limosnas; y cuando los príncipes enviaban á percibir los impuestos, cerraban las puertas, y frecuentemente empleaban la violencia contra los recaudadores. Así es que, acostumbrados al lujo y la ostentación, manteniendo á sus espensas numerosos cortesanos y criados, teniendo caballos y jaurías, era un aliciente para la vergonzosa codicia de estos hombres de poca fe la secularización de los conventos, que parecía inevitable si triunfaba Lutero; y como, por otra parte, se habían introducido tantos abusos en el tráfico de las indulgencias, declararse por el sacerdote de Wittemberg equivalía, según ellos, á servir los intereses de la Religión.

Maximiliano I, Emperador de Alemania, no se asemejaba á estos príncipes: aleccionado por la edad, quería morir tranquilo. El fue el primero que denunció al Papa los disturbios de que estaba amenazado el imperio.

El Papa estaba decidido á intervenir antes de haber recibido la carta del Emperador. Encargó, pues, al Obispo de Ascoli que intimase al fraile á que compareciese en el término de sesenta días en la corte de Roma, para responder allí de sus doctrinas. El Obispo obedeció; pero Lutero continuaba predicando y escribiendo. Entonces Leon X ordenó á su legado en la corte de Maximiliano, el Cardenal Cayetano, que se apoderase de Lutero, reclamando, en ca-

so de resistencia, el auxilio del Emperador, de los príncipes del imperio y de las universidades, y que le encerrase, hasta tanto que una nueva orden le indicase enviarle á Roma. «Si Lutero se arrepiente, decía el Papa, perdonadle; si se obstina, pondreisle en entredicho.»

Lutero no manifestó ni despecho ni cólera al recibir el Breve. Había cundido en Alemania el rumor de que no llegaría á Roma sano y salvo. Suponíase que le prepararían emboscadas en el camino, ó que le ahogarian, ó volverían á bautizarle, como decía él mismo riendo. Semejantes rumores carecían de fundamento.

«Mi alma está tranquila, escribía á Wenceslao Linck, ¿Qué pueden hacerme á mí, pobre enfermo, carcomido y gastado? Si me quitan la vida, serán dos horas, una tal vez, las que me robarán de existencia. Cantemos con Reuchlin. El que es pobre, nada tiene que temer ni que perder.»

Sin embargo de todo, intervinieron sus amigos. Resuelto en un principio á presentarse en Roma, Lutero vacila, busca y encuentra, para desobedecer, un miserable subterfugio, indigno de un alma elevada, cual era el de escribir al elector de Sajonia, Federico, y pedirle un salvo-conduto, en la confianza de que el príncipe se lo negaría, y «entonces, decía Lutero, tengo una buena excusa para no comparecer.»

Mas avergonzose pronto de recurrir á tales medios, y se decidió á no obedecer, proponiéndose no cejar, ni ante los peligros con que trataban de atemorizarle sus amigos, ni ante las amenazas de excomunión de la Santa Sede.

Así escribió á Staupitz: «Una sola excomunión humana temo, y es la vuestra... Hace mucho tiempo que esos romanistas se burlan de nosotros, nos calumnian, y nos tratan como á necios... Todo su empeño se cifra en que el reino de Cristo no sea el reino de la verdad; que la verdad no prevalezca, que perezca ahogada, aprisionada en su propio imperio... Yo no quiero merecer este imperio sino por el corazón y por los labios puros de toda mentira, ya que

no pueda por una vida sin tacha... El pueblo respira por la voz de Cristo, su Pastor. Me encuentro cercado de abrojos. Pero el Cristo vive, reinaba ayer, reinará hoy, y por los siglos de los siglos. Mi conciencia me dice que he enseñado la verdad; pero la verdad es odiosa pronunciada por mis labios. Es el vientre de Rebeca, y es preciso que sus hijos sean magullados en él, aun con peligro de la madre.»

El pensamiento de que sus amigos podían considerar su desobediencia como una debilidad de carácter, ó tal vez como la confesion de que no se atrevía á dar cuenta de su fe, atormentaba á Lutero; no persistió, pues, mucho tiempo en su proyecto. Viósele, por el contrario, demostrar en sus palabras un gran respeto por Leon X, y una completa sumision al Breve. Se abstuvo por un momento de predicar, y la multitud se vió engañada. Para paliar su negativa de comparecer en Roma, pretestó la duracion del viaje, el rigor de la estacion, los peligros del camino, su estado de postracion, y los penosos trabajos que habian gastado su cuerpo. «Estaba pronto, decia, á confesar su fe ante jueces competentes en Wittemberg, en Augsburgo, ó en cualquiera otra ciudad de Alemania que quisieran designarle.»

Sus instancias fueron vanas, y ningun éxito alcanzaron las de sus amigos. Los dias trascurrían, y el término fijado por Leon X se aproximaba. Podia temerse que Lutero fuese condenado sin ser oido.

Entonces fue cuando la Universidad de Wittemberg escribió al Papa para apoyar la peticion de Lutero. Los motivos que alegaba para dispensarle de que se presentase en Roma eran, poco mas ó menos, los mismos que él habia querido hacer valer.

El mismo elector Federico escribió al Nuncio Cayetano, para suplicarle que obtuviese del Papa la concesion de que Lutero no fuese á Roma, y diese cuenta de sus doctrinas en Augsburgo.

Cayetano, legado en la Dieta imperial, poseia toda la

confianza de Leon X; así es que no le fue difícil lograr lo que se pedia. El Papa consintió en que Lutero compareciese ante el Cardenal, en Augsburgo.

Esta concesion de la corte de Roma llenó de asombro al fraile y sus partidarios. Esperaban que Leon se mostrase inflexible, y su obstinacion hubiera hecho progresar los intereses de la Reforma. Algunos de los amigos del fraile, Hutten, por ejemplo, no pudieron encubrir su despecho. Esperaban que le obligasen á ir á Roma, y celebraban de antemano su heroismo, soñaban con peligros, y se creaban un drama, que concluiría á la manera del de Juan Huss y de Gerónimo de Praga; pero conocian mal á los Médicis.

El juez que habia elegido el Papa era un hombre ilustrado, un hábil humanista, un sabio teólogo, un predicador elocuente, que hacia poco tomara á su cargo la defensa del pueblo italiano, presa á la sazón de los usureros; por carácter era enemigo del rigor y de las violencias.

... de la ciudad de Augsburgo, y al salir de ella se puso en camino hacia Nuremberg, donde se le esperaba con gran curiosidad. Llegó a Nuremberg el día 15 de octubre de 1518, y se alojó en una casa que le dio un amigo suyo. Allí se le presentó un sacerdote que le ofreció un lugar en un convento de Carmelitas, pero Lutero se negó a aceptar la oferta, diciendo que no quería ser sacerdote. Después de esto, se le presentó el legado papal, pero Lutero se negó a recibirlo. Finalmente, se le presentó el papa, pero Lutero se negó a recibirlo también. Lutero se quedó en Nuremberg hasta el día 18 de octubre, cuando se fue a Augsburgo. Allí se le presentó el papa, pero Lutero se negó a recibirlo. Finalmente, se le presentó el papa, pero Lutero se negó a recibirlo. Lutero se quedó en Augsburgo hasta el día 21 de octubre, cuando se fue a Nuremberg. Allí se le presentó el papa, pero Lutero se negó a recibirlo. Finalmente, se le presentó el papa, pero Lutero se negó a recibirlo.

... de la ciudad de Augsburgo, y al salir de ella se puso en camino hacia Nuremberg, donde se le esperaba con gran curiosidad. Llegó a Nuremberg el día 15 de octubre de 1518, y se alojó en una casa que le dio un amigo suyo. Allí se le presentó un sacerdote que le ofreció un lugar en un convento de Carmelitas, pero Lutero se negó a aceptar la oferta, diciendo que no quería ser sacerdote. Después de esto, se le presentó el legado papal, pero Lutero se negó a recibirlo. Finalmente, se le presentó el papa, pero Lutero se negó a recibirlo. Lutero se quedó en Nuremberg hasta el día 18 de octubre, cuando se fue a Augsburgo. Allí se le presentó el papa, pero Lutero se negó a recibirlo. Finalmente, se le presentó el papa, pero Lutero se negó a recibirlo.

CAPITULO VII.

LUTERO ANTE CAYETANO. — 1518.

Viaje de Lutero a Augsburgo. — Su llegada a esta ciudad; escribe a Melancthon que morirá mas bien antes que retractarse. — Su conferencia con el legado. — Solicita defenderse por escrito: su apologia. — Cayetano le ofrece, aunque en vano, interceder por él con el Papa. — El Nuncio comisiona a Staupitz y Wenceslao Linck para que hagan reconocer a Lutero sus errores. — Conmovido este hasta el punto de derramar lágrimas, confiesa sus arrebatos, pero rehusa retractarse. — Aquella misma noche huye de Augsburgo, despues de haber fijado en las paredes del convento de los Carmelitas su apelacion al Papa, y que recurriria al Conclio, caso de que el Papa le condenase. — Su carta a Spalatino contra la Bula de Leon X, á quien trata de bellaco. — Moderacion del Papa.

Lutero se puso en camino á pie, sin un cuarto en el bolsillo, y cubierto con un hábito tan raído y viejo, que se vió obligado á pedir otro prestado á Wenceslao Linck al pasar por Nuremberg. Los potentados, los señores, los obreros, sobre todo, le esperaban á las puertas de la ciudad, y al divisarle gritaron: — ¡Viva Lutero! — ¡Viva el Cristo y su palabra! replicó el sajón. Algunos se apartaron de la multitud, y fueron á inclinarse ante el sacerdote. — Valor, maestro, le decían: ¡Dios os proteja! — ¡Amén! contestaba Lutero.